

**AYER Y HOY DEL BÉISBOL CUBANO
PAST AND PRESENT OF THE CUBAN BASE BALL****Autor: Prof. Ctte.** Juan A. Martínez de Osaba y GoenagaFacultad de Cultura Física “Nancy Uranga Romagoza”, Pinar del Río
Correo electrónico: osaba14@pinarte.cult.cu

*Hoy como ayer,
yo te sigo queriendo
mi bien.*

(En la voz de *Benny Moré*)

La crónica *Habana y Almendares*, que llena todo un capítulo del primer libro sobre béisbol cubano, de Wenceslao Gálvez y Delmonte, un torpedero de la primera Liga de Base-Ball, precursor de los historiadores de ese deporte en la Isla, y mucho más allá, motivó las siguientes disquisiciones.

Los aficionados, sin distinguir entre provincias y la capital, para no perder detalles del desafío, ocupan espacios del estadio desde horas tempranas en el Almendares Park y otras instalaciones.

Imaginemos un juego importante entre LEONES y ALACRANES en el *Grand Stadium de La Habana* de los años cincuenta, u otro de *play off* entre PINAR DEL RÍO e INDUSTRIALES en el *Latinoamericano*, donde se enfrenten Pedro Luis Lazo, por los verdes y Lázaro Valle por el equipo que heredó el azul almendarista, aunque hayan metamorfoseado el alacrán en un león. Muchos llegan para ver la preparación y el adorno del estadio, que deberá lucir sus mejores galas, banderas propias incluidas, coronadas al inicio del partido con el Himno Nacional.

En la Cuba colonial, que engendró la pelota criolla, según el autor citado:

Desde las once comienzan los carritos del Príncipe á vomitar pasajeros, que, tomando cada cual su entrada, van colocándose en los stands y gradas, ó se quedan al sol, mientras que los aficionados muy pobres

*trepan por los tísicos laureles del paseo de Carlos III, burlando la perversidad del empresario, que rodea de espinas los troncos raquíuticos de los árboles.*¹[sic.]

Hoy los ómnibus no pueden alcanzar —ni alcanzarían— por la muchedumbre que en indescriptibles procesiones avanzan al *Estadio Latinoamericano*, situado en la zona del Cerro desde 1946, con el nombre original de *Grand Stadium de La Habana*, en una zona cercana al célebre *Almendares Park* de tiempos anteriores. No solo llegan de distintas partes de la capital, los vueltabajeros han copado el ala derecha, donde se aloja el equipo visitante, más muchos que residen en La Habana y sudan gotas verdes. Otro tanto sucedió días antes en el *Capitán San Luis*. Si entonces:

Los aficionados muy pobres trepan por los tísicos laureles del paseo de Carlos III, burlando la perversidad del empresario...

Ahora, sin lomeríos ni zonas escarpadas, los que llegaron tarde a la instalación hacen maravillas para ver el desafío: tratan de subirse en las peligrosas torres, se van a lo más alto de las gradas de sol, se parapetan en edificios aledaños y se “cuelan” como les es posible. Si llegaban desde el Cerro hasta Carlos III, hoy los de Carlos III se van al Cerro. El disfrute es el mismo, sin determinar el factor económico en estos tiempos.

Como si se hubieran puesto de acuerdo, los habanistas se sitúan al extremo de la Glorieta, cediendo el izquierdo á los almendaristas.

Hoy no necesitan parlamentar sobre el lugar que ocuparán, todos conocen la condición de *home club* y visitantes (con excepción del *Guillermón Moncada* de Santiago de Cuba, el Cristóbal Labra de la Isla de la Juventud, y algún otro, que hayan destinado la zona diestra a sus pupilos). Eso sí, en el estadio ya no se habla de otra cosa, ni amoríos furtivos, trabajos, problemas conyugales, o de salud. El vuelco hacia el béisbol es total, como lo fue en el *Almendares Park*. Unos, sin llegar los jugadores al terreno, hablan en alta voz sobre las bondades de

¹ Wenceslao Gálvez y Delmonte: *El Béisbol en Cuba. Historia del béisbol en la Isla de Cuba, sin retratos de los principales jugadores y personas más caracterizadas*. Imprenta Mercantil, de los Herederos de Santiago & Spencer. Calle Empedrado, Número 10, La Habana, pp. 97-101. (A partir de esta, todas las citadas serán de la misma fuente)

Pedro Luis Lazo, el *Rascacielos de Cuba* y otros alaban la *slider* y velocidad de Valle. Voces *in crescendo* en bandos opuestos presagian un altercado, pero la cosa no pasa de ahí; después de todo es un día de fiesta popular indescriptible.

Y al enfrentarse, sin pasaje ya, con aquel pueblo que se impacienta porque el juego no ha comenzado á la una, prorrumpe en silbidos y voces que molestan á muchos de esos estúpidos, de espíritu belicoso, que pretenden pelear con todos á la vez...

Generalmente los desafíos dominicales de las Series Nacionales comienzan a las dos de la tarde, pero en ocasiones no ha sido así, por problemas de transportación, u otros. La gente, con horas en la instalación, se impacienta, grita acalorada. —¿Qué pasa?! Qué informen por el audio—. Algunos se molestan, pero con la confianza de que habrá pelota de la buena. Los hay que, por la tardanza de tal o más cual equipo, aconsejan el *forfeit*, pero encuentran oídos sordos, la gente quiere béisbol.

...Y con paso más precipitado, los ojos expresivos y con cierta contracción nerviosa en los músculos de la cara, algunos arriesgados que buscan, ávidos de encontrarlos, a sus amigos del club opuesto, para comprometerlos a apostar varias monedas...

Un vicio que no se ha podido eliminar, agazapado, fuera de la ley. Nada es más contraproducente que el dinero animando el juego, porque puede derivar en reyertas iniciadas por los perdedores.

Vamos á ver si me dedicas hoy un batazo...

Directamente, en voz baja, con alaridos, señales de ultratumba y hasta con energía, los aficionados sienten el derecho de exigir que quienes los representan entreguen lo mejor de sí, para poder gritar a viva voz: —Esta mañana le pedí el jonrón, y lo dio. Como si el hombre, madero en mano, recordara las cientos de solicitudes a su persona, a los santos o al mismísimo Eleguá, pegados a la radio, en la tele o en vivo y en directo en la engalanada instalación.

--¿Has tomado mucho vino?

Algunos, sin pudor, se acercan a los jugadores con tales cuestionamientos. Hoy pocos toman vino, prefieren el ron o la cerveza. Se toman tales dispensas y

logran imponer su calidad, otros ni siquiera huelen el alcohol antes del desafío, aunque lo añoren, y nada hacen. Al parecer, como en la época donde Gálvez jugaba eran *amateurs*, no existía tanta exigencia. Los nuestros también son *amateurs*, pero con estrictos requisitos. Es un mal bien conocido, difícil de desarraigar. Veamos y comparemos:

--Aquel es Carlitos Maciá, y dirigía el índice hacia mi compañero. --Mira, este es Alfredo Arango. --¿Tan gordo? Yo pensé que fuese más delgado.

Es la típica expresión, en tinta del historiador, de los tiempos que corrían. No había tele, ni Internet, ni radio donde se describieran las facciones de los jugadores, ni publicaciones ilustradas con la calidad de hoy, cuando parece una ridiculez preguntar quiénes son Lazo, o Valle, pero en el graderío la gente comenta: —Lazo está serio, es difícil que gane, fíjate que se subió las medias, anoche hablé con él y lo noté raro (lo último dicho con orgullo). —Valle va a usar un traje acabadito de lavar y planchar, dentro de un rato estará todo sucio, porque juega como un *short*. Y cosas así, al parecer intrascendentes, pero imprescindibles para los aficionados.

Nos veían primero los que estaban sobre los laureles y daban la noticia de que habíamos llegado. De las gradas salían veinte mil gritos, saludos, un ondear de trapo azul que mareaba, aplausos, silbidos, ¡fueras!...

Por las hendidias del abarrotado estadio, a viva voz, se escucha: —Llegó la guagua de PINAR DEL RÍO, el primero en bajarse fue Lazo con un tabaco en la boca—. Otros elevan el volumen: —Llegaron los INDUSTRIALES— La gente los rodeó y levantaron el brazo a Valle. La algarabía es enorme, comienzan a sonar tambores de ambos bandos y cada cual disfruta a su manera, como debió ser en la Cuba colonial occidental... Los más contra los verdes.

Y comenzaba la gran lucha: la de encontrar juez. --¿Quién es el umpire? --¡Mucho ojo!, le gritan desde las gradas. ¡Cuidado con hacer trampas!...

Natural entonces, caricaturesco y ridículo hoy, resulta Leopoldo de Sola sentado con sombrilla abierta detrás del lanzador dictando sentencias, como debió hacerlo Juan Tregent en el célebre desafío del 27 de diciembre de 1874, en el *Palmar del Junco* matancero y aquel de apellido Delgado que pasó a la historia impartiendo justicia en el primer torneo oficial de Cuba (1878-1879). Desde hace mucho rato esa encrucijada es inconcebible, pues la Liga Cubana logró una organización tal, que todo estaba previsto; hoy ni qué decir. Eso sí, se mantiene exactamente igual la inconformidad con el desempeño de algunos, porque los hay mejores y peores, un problema que, al parecer no se resolverá. Quizás un elemento a tener en cuenta sea la selección del árbitro principal.

Antes, las respectivas decenas habían celebrado sus prácticas preliminares, y los jugadores habían sido aplaudidos y silbados por tirios y troyanos, respectivamente.

Si el desafío es el plato principal, la etapa de preparación previa donde los jugadores salen al terreno para los ejercicios físicos dosificados, también han aportado momentos de interés. En los años cincuenta del siglo XX muchos llegaban temprano al “Coloso del Cerro” para ver fildear al torpedero almendarista Willie Miranda. Seguían sus desplazamientos desde la entrada al *dugout*, hasta los mínimos detalles. Hubo quienes lo veían practicar y abandonaban la instalación si él no jugaba. Así fue entonces, la gente quería ver al jonronero Alfredo Arcaño y al *Inglés*, Antonio María García, como en la actualidad se han parapetado lo más cerca posible de los Germán Mesa, Alfonso Urquiola o Rey Vicente Anglada. Ese accionar directo, la comunión jugador-espectador, fue y es insustituible. Claro, cada cual admirando a los suyos y chiflando, de vez en cuando, a los rivales.

Comenzado el match, cesaban las conversaciones en la Glorieta. Solo se oía la voz chichona de los pregoneros: ¡El Pitcher!, ¿El Habanista?, ¡El Pelotero!... Coman dulce y beban agua... Escor a riá. ¡El Catcher, con el retrato de Tehuma!...

Nos parece estar sentados en el estadio, con la algarabía y los vendedores de cualquier cosa: rositas de maíz, bocaditos, galletitas, helados. En el estadio del

Cerro de los años cincuenta, según recuerdo, y sucedía así en cualquier lugar, usted podía comprar todo tipo de golosinas, revistas deportivas, culturales y muchas cosas más. En pleno 2014 se activan las ofertas, después de estar deprimidas por problemas económicos durante muchos años. Pero el sentir es el mismo, los comerciantes se aprovechan para vender, única razón de su existencia. Otra cosa eran los anuncios comerciales que pululaban desde siempre: desde las famosas cuchillas *Gillette*, las cervezas *Hatuey*, *Cristal* y *Polar*, así como cigarrillos de todo tipo. En las Series Nacionales están prohibidas las bebidas alcohólicas, una medida más que efectiva para evitar disturbios, aunque algunos logren “colar” sus recipientes etílicos.

¿Qué es eso?, pregunta el pitcher. --Bola, replica el juez. Y en la glorieta, en el stand, en las gradas, se oye una protesta parcial. --Eso es estrai...estrai, e...so...es...es...tra...i... --Fuera el ampaya, fuera. Así no se gana, eso es trampa.

Solo quien nunca haya estado en un juego de pelota, de cualquier época y en cualquier lugar, puede asombrarse con tales exclamaciones. Claro, con el paso del tiempo y el “desarrollo” de la humanidad, cambian las palabras ofensivas a los jueces: en algunas instalaciones corean la bochornosa frase “hijo de p...” y otras menores como descarado, ciego, vendido. Por entonces los *managers* podían ponerse de acuerdo, y en varias ocasiones cristalizó, para expulsar al juez sentado detrás del lanzador, pero no fue lo usual. En otras había que sacarlos escoltados por las autoridades. En estos tiempos se han suscitado situaciones deplorables que, partiendo de inconcebibles errores de algunos árbitros, han provocado reyertas y también han sido protegidos. Pero, por fortuna, la sangre no ha llegado al río. Todo aficionado tiene una anécdota sobre ellos, en cualquier terreno del país.

Y un batazo oportuno cambia el orden de las ideas. Entonces comienzan los aplausos, las aclamaciones, los bravos y los vivas y los bastonazos en las tabletas de la persiana de uno de los cuartos, en la esquina de la Glorieta.

Imaginemos la algarabía de los habanistas cuando el jardinero Pablo Ronquillo conectaba un jonrón para dejar al campo al ALMENDARES, que vencía tres carreras por dos y los rojos lograban la victoria. Alzado en hombros con el entusiasmo encendido, como sucedió en 1986 cuando el industrialista Agustín Marquetti despachó aquel jonrón contra Rogelio García en un abarrotado *Latinoamericano*, el más promocionado, por su enorme repercusión de concluir el torneo a favor de los herederos del ALMENDARES, que ahora son leones azules en una simbiosis de los eternos rivales antaño. Y si de bastonazos hablamos, hay que estar en el *dugout* santiaguero, cuyo techo de metal maltratan con cañas, palos y ni se sabe cuántas cosas, cuando Kindelán pasaba la bola más allá de las cercas, y los *sluggers* de hoy.

A cada momento se interrumpe el juego, para hacer reclamaciones, generalmente fuera de lugar, al juez, que queda perplejo, sin saber que hacer, aturdido por las reclamaciones de los jugadores que le hablan todos á la vez.

Al leer el párrafo anterior nos retrotraemos a algunas de las tantas polémicas encendidas, terminadas en *forfeit*, en agresiones a los jueces y en verdaderas camorras entre jugadores. Los favorecidos defienden a capa y espada la decisión del juez, aunque la reconozcan injusta, y los perjudicados sin dejarlo respirar. En tales circunstancias pasa a un segundo plano la verdad, lo justo, lo que debió ser, para dar rienda suelta al calor tropical que nos envuelve en el Caribe y nos pone a hervir la sangre. Sus razones tendría Wenceslao Gálvez y Delmonte para expresarse así.

Años después, en 1922, en un desafío de liga semiprofesional azucarera, en el *Oriental Park* de Santiago de Cuba, Antonio Susini, jardinero, jugador de cuadro y *pitcher*, asesinó a batazos en la cabeza al lanzador Julio Le Blanc y cumplió doce años de prisión. Más acá, el 7 de enero de 1945, Roberto Ortiz descargó con furia su poderoso brazo en el mentón del árbitro Bernardino Rodríguez, lo que le costó la expulsión de la Liga Profesional Cubana por varios años. En los últimos tiempos han sido célebres algunas discusiones por malas decisiones de los árbitros, y también por problemas personales, como aquella de 1975 entre Bárbaro Garbey y

Juan Carlos Oliva en el *Latino*, en la primera serie Selectiva. Y muchas más de acá y de “acullá”. Extrafronteras están a la orden del día.

A mediados del juego un jugador ha realizado una jugada magistral. Por excepción aplauden todos y es aquello un cuadro imponente.

Para sociólogos, filósofos, filántropos y antropólogos, es digno de estudio el indescifrable momento donde se luce sobremanera un jugador y todos, de pie, elevan aplausos, sombreros y pañuelos, aunque sean perjudicados. Instante de comunión inspiradora, suerte de comulgación evangélica en un desafío importante. El que fanáticos y aficionados (que no son la misma cosa) se unan en el reconocimiento al rival, significa la imprescindible distensión, el triunfo del béisbol sobre las pasiones, la elevación del participar con entrega total y no un culto casi divino al *recordman*. Así lo vio Pierre de Freddy, barón de Coubertin, padre del Olimpismo Moderno. Por fortuna, esos momentos elevan la disciplina beisbolera, que como sentencia el propio Gálvez:

Es el sport el que triunfa.

Aunque solo sea un alto en la encendida porfía, donde continúan partiéndose el alma los peloteros en el afán de victoria, pues entre otras cosas les va el honor.

El jugador ha hecho homerun y aquello es el delirio. Un espléndido le arroja al terreno media onza de oro al jugador, el otro un centén, lo llaman, lo abrazan, lo besan, le cojen la mano, lo estrujan, le dan palmadas en el hombro, tal o cual partidaria le coloca una moña en el pecho, aquella le regala un bouquet de flores naturales.

Desde los inicios del béisbol en los Estados Unidos, el *home run* ha sido privilegiado como *non plus ultra* de este deporte, algo así como un gol a larga distancia en el fútbol, una canasta desde el centro de la cancha en el baloncesto, o el “noca” fulminante del boxeador. Claro, la connotación variará acorde a las condiciones del juego. No es lo mismo con varias carreras de ventaja o desventaja, que para poner delante al equipo, si decide el desafío tanto más aclamado y si es el campeonato, como logró Agustín Marquetti dos veces en su vida, una en el batazo ya descrito de 1986 y con aquel de Nicaragua 1972, donde Cuba derrotó a los Estados Unidos.

La expectación es tal, que los problemas cotidianos parecen quedar a un lado, al silencio sepulcral le sigue una algarabía esplendorosamente subyugante y, en ese instante, se resume el desafío. Se me ocurre compararlo solo con un siempre arriesgado robo de *home*, donde la gente salta de emoción y el árbitro tiene que hacer maravillas para demostrar que fue *out* o *safe* el corredor, porque nadie le quitará de encima la rechifla, nunca una ovación, así de ingrata es esa profesión. Según Wenceslao Gálvez, desde entonces las muchachas “caían” encima de los jonroneros, allá con flores, aquí con besos y, quizás, mucho más. Premio dorado. Un jonronero es algo así como el olimpionike mayor de los antiguos Juegos Olímpicos, el más buscado, el más agasajado y célebre. Por eso fueron tan grandes Alfredo Arcaño en la Cuba española, Rafael Noble en la llamada República Mediatizada y Orestes Kindelán en las Series Nacionales, los más grandes jonroneros por etapas que se hayan desempeñado en el béisbol de la Isla.

...Y cuando el juego ha concluido los apasionados del club perdidoso, han puesto piés en polvorosa, para que no le hagan burlas.

Cabizbajos se retiraron y retiran los aficionados perdedores. Llevan consigo un bochorno que no deben, sus peloteros lo dieron todo de sí, pero no pudieron descifrar los envíos del lanzador rival, o tenían el día malo, o simplemente fueron inferiores. Pero la cosa no puede terminar así: —Fulano no bateó porque estaba borracho, anoche lo vio fulanito con una pepilla. —Este *manager*, con todos los juegos y campeonatos que ha ganado, no sabe lo que hace, miren que mandar a tocar en el séptimo con hombre en primera. —Ese es el árbitro más malo del campeonato, todo lo cantó contra nosotros. Así se retiran, buscando culpas ocultas o inexistentes, siempre inconformes. Como en aquellos tiempos, los vencedores chiflán a los perdedores y hasta puede haber algún altercado, pero todos tienen que acatar el resultado final.

...y oyen á sus rivales que, sonreidos, vienen á darles el pésame; pero ¡qué pésame! Lo más insíncero del mundo.

La abstracción nos permite tener delante de nosotros a quienes en pleno jolgorio rinden pleitesía al rival vencido, a veces con altas dosis de hipocresía. El tiempo no ha variado nada ese sentir.

La salida del terreno es un paseo, escasean los coches y los carros, así es que la mayoría, por no esperar, se decide á retirarse á pie. Semejan batallones sin uniformes.

La disyuntiva de aquellos aficionados, quienes no figuraban en las clases vivas transportados en coches de caballos, ni con abundantes “taxis tirados por bestias”, ha tenido rasgos de similitud acorde a las diferentes épocas. La capacidad transportista de las primeras cincuenta décadas del siglo XX, era insuficiente para más de treinta mil cubanos que abarrotaban el *Gran Stadium de La Habana* en un juego entre LEONES y ALACRANES. Y aquella masa humana se desperdigaba, con sus más o menos fuertes piernas, en afluentes hacia las viviendas más o menos cercanas. Después de 1959, sobre todo cuando el *Latino* fue capaz de albergar alrededor de cincuenta mil espectadores, ha sucedido exactamente igual.

Después, hay que ir a la Acera del Louvre para ver los grupos que se forman con objeto de hablar del juego celebrado por la tarde, pero hay que ir no solo el domingo sino toda la semana, en la seguridad de que no han de oír hablar de otra cosa.

Y como colofón, ahora sin la paradigmática *Acera del Louvre*, donde frecuentaban jugadores como Carlitos Maciá, Antonio María García y tantos otros, después del desafío o a la mañana siguiente, la gente se concentrará en el Parque Central de La Habana, el Céspedes de Santiago, el Vidal de Santa Clara, o La Colosal vueltabajera, y darán riendas sueltas al análisis de la fecha anterior, para presagiar en detalles lo que sucederá al mediodía, o por la noche en el desquite, o los implacables vencedores clamarán por nuevas victorias. Y nadie podrá imaginar que el asunto concluyó. Habrá mucho más; y del bueno.